Núm.8.

SAINETE NUEVO,

TITULADO:

EL TRAMPOSO.

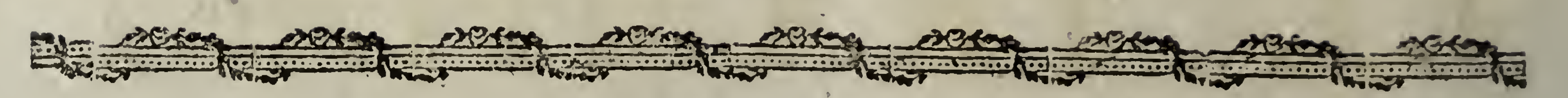
PARA DIEZ PERSONAS.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
1822.

Se hallará en la librería de Ildefonso Mompié; calle nueva de S. Fernando, núm. 64, junto al Mercado: asimismo un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales.

PERSONAS.

Don Alejo.	Doña Anastasia.
Gallego.	Pepa.
Don Lorenzo.	Manuela.
Barbero.	Marica.
Vinatero.	Siete hijos.



Salon: Sale Don Alejo en bata rasgada, cantando y tocando la vihuela.

El que no tiene oficio,
ni se halla empleado,
se mira á todas horas
desocupado.
Y á mí me pasa,
y por eso me alegro
con mi guitarra.
Yo soy un Uría pobre
de todos cuatro costados;
tan pobre, que hasta mi marca
no sirve para soldado:
tengo poquísimos muebles,
mala casa, pocos cuartos,
muchas trampas, muchos hijos,
y muger de un genio raro;
pero mis penas, miseria,
desazones y trabajos
las desecho y las olvido,
diciendo alegre y cantando...
El que no quiera males,
ni sentir penas,
tome por sobrenombre
poca vergüenza.
Y de este modo
vivirá siempre alegre,
y estará gordo.

Sale Doña Anastasia.

Anast. Suelta, bribon, la guitarra:
ves la miseria en que estamos,
llenos de hijos, y de trampas,
y te pones tan temprano
á cantar?
Alej. Hago muy bien;
porque contemplado el caso,
por estar triste y llorar
no me he de ver remediado:
y al fin es mi gusto, y quiero;
échate al pescuezo un lazo.
Anast. Mira, estoy por encajarte
esta guitarra en los cascos.
Alej. Y tendrás valor de hacerlo?
Anast. Con muchísimo del garbo:
apriétame, y verás.
Alej. Solamente de intentarlo,
te quedabas sin figura
del primer tamborilazo.
Anast. Y un hombre como un pimiento
habia de hacer tanto estrago?
Alej. Qué no puede un hombre chico
hacer lo propio que un alto?
Soy yo capaz de romper
un huevo de un golpe.
Anast. Ah, guapo!
Del aliento de los hombres
como tú, no lo dudamos.
Sabes que estamos de trampas
hasta los ojos cargados?
Alej. Y qué se me da á mí de eso?
Lo que me da algun cuidado
es no encontrar donde hacer
otras tantas este año.

Anast. Sabes que estamos de hijos
repletos?
Alej. Dios los ha enviado;
que en siendo la tierra buena,
no se desperdicia grano.
Anast. Sabes que trastos y alhajas
se han vendido?
Alej. Nos ahorramos
con eso de pagar mozos,
si es caso que nos mudamos.
Anast. Sabes que ya ha amanecido
Alej. Y que en ayunas me hallo,
de lo que tengo las tripas
descontentas y aullando.
Anast. Y sabiendo todo eso,
te pones, picaronazo,
á cantar y á tocar?
Alej. Sí,
que así mis penas espanto.
Anast. Asi te cayeras muerto.
Alej. Tanto te quiero y te amo,
que pido á Dios que te venga
lo que me estás deseando.
Anast. Qué me casara contigo!
Alej. Amiga, desbaratarl,
que no sé yo de los dos
quien ha sido el engañado:
y pues somos á cual peor,
aguanta, y vamos callando.
Sale un Gallego comprador con esportillos.
Gall. Muesamus, muy buenus dias:
he de traer hoy recadu?
Anast. Trae para cena y comida.
Alej. Y si encontrases barato
algun cuarto de elefante,
le comeremos mechado.
Gall. El dineiru para todo.
Anast. Yo! que te lo dé tu amo.
Alej. Yo! que te lo dé tu ama,
que ella corre con el gasto.
Anast. Ni un cuarto que me acompaña.
Alej A mí menos: con que estamos
por la presente ocasion
libres de ladrones ambos.
Gall. Pues buen remediu, ayunar,
que nada dan nu llevandu
lu diñeru; y muchas cosas
ni se encuentran cun llevarlu.
Alej. Anda, y suple tú, gallego.
Gall. Que lo supla yo! en cobrando
veinte y seis meses de cumpra
que me debe usted.
Alej. En pillando
unos dineros que he puesto
en el canapé del prado
á ganancia, tu dinero
te le daré de contado.
Gall. Nu untiendu.
Anast. Tiene razon,
en no traernos ni un bocado
de pan.
Alej. Calla, mala lengua.
Gallego mio...
Le abraza y besa.
Gall. Arre diablu:
que me abrazas y me besas,
cun mas barbas que un zamarru.
Alej. Mira que estamos sin blanca.
Gall. E mais que...
Alej. Y que hoy nos hallamos
con un hambre muy tremenda.
Gall. Hay mas que comerse un brazu?
Alej. Socórrenos; asi Dios
te haga en sisar tan bellaco,
que en cinco libras de carne
sises al amo las cuatro.
Gall. Amen. Si usted no me paga,
duche á ú demu lu que traigu.
Alej. Tráelo, y á las doce en punto
ven por tu dinero.
Gall. Es chascu?
Alej. No.
Gall. Pues ya voy pur ellu.
Cun que diga usted, muesamu,
á las doce?
Alej. Sí, á las doce,
sin falta.
Gall. Voy enteradu;
mas, comu usté es tan tramposu,
lu he de ver, y he de dudarlu. *Vase.*
Anast. Para qué venir le mandas,
sino has de poder pagarlo?
Alej. Tú calla, y déjame á mí,

que yo sé lo que me hago.

Sale Pepa de guardapies y mantilla, con unas medias en la mano.

Pepa. Aqui tiene usted las medias soletadas, Don Fulano.

Anast. Deje usted, las guardaré.

Pepa. Donde no las piquen grajos, porque ya de puros puntos parece las han bordado.

Alej. Es moda. No hay calcetera mas real moza, y de mas garbo en tu gremio, que tú, Pepa.

Pepa. Y que buche pondrá un pavo con decirle que es real ave, sino la hartan de salvado? Vaya, ajustemos la cuenta de los pares que le he echado de soletas á usted, y venga mi dinero regalado.

Alej. Vuelve mañana.

Pepa. Mañana se me casa un concuñado en el Lavapies, y estoy todo el dia de fandango.

Anast. Pues vuelve esotro.

Pepa. No quiero.

Alej. Bendito el que te ha criado tan clarísima de pico para dar un desengaño.

Pepa. No me dió usted la palabra que hoy me pagaria?

Alej. Es llano; pero rara es la que cumplo de las que doy, di y he dado. Vuelve á las doce sin falta, te despacharé.

Pepa. Cuidado, porque es usted muy tramposo, y ya de aguardar me canso. *Vase.*

Anast. No te corres, que te llamen tramposo? di.

Alej. Y qué guisado? si me llaman lo que soy, porqué he de formar agravio?

Anast. Conmigo has de acabar.

Alej. Toma! Lo que yo siento en tal caso es, si ha de ser en este mes, que no haya sido el pasado.

Sale Don Lorenzo de militar.

Lorenz. Sea Dios en esta casa. Señora, dió usted el recado que dejé ayer al señor?

Anast. Señor casero, le he dado una y dos veces; mas él se ha hecho sordo, y no ha escuchado.

Alej. Miente, que nada me ha dicho.

Anast. No te dije almorzando...

Alej. Mientes.

Anast. Junto á la chimenea...

Alej. Mientes.

Anast. Y me distes palos porque lo repetí?

Alej. Solo de eso hago memoria. Vamos, señor casero, y en suma, qué viene á ser el recado?

Lorenz. Que en tres años que usted vive en la casa, no he cobrado mas que un mes.

Alej. Démelo usted, si acaso le trae á mano, y asi no andamos con picos, y quedan los tres pelados.

Lorenz. Págueme usted, ó múdese.

Alej. Como usted me busque cuarto, y me dé para mudarme, lo haré; mas, sino, no salgo de aqui.

Lorenz. Saldreis por justicia; porque ya estoy sofocado de otros.

Alej. Y yo de veros; con que á vernos no volvamos.

Lorenz. Yo haré que me respeteis.

Anast. Señor, por Dios, sosegaos, que pagaremos la casa lo mas pronto que podamos.

Lorenz. Hoy ha de ser, ó mudarse.

Alej. Será: véngase usted en dando las doce, y saldré de la deuda.

Lorenz. Pues cuenta que me deis fallo, que como soy Don Lorenzo, que de mí habeis de acordaros. *Vase.*

Anast. Mira, por ser holgazan,
lo que nos está pasando.
Alej. Consúmete, que estas cosas
á mí me van engordando.

Sale Manuela, lavandera lugareña, con un talego de ropa.

Man. Aqui tiene usted la ropa,
señora; y me ha mandado
mi madre no lleve mas,
si el dinero que atrasado
hay acá no se me da.
Anast. La camisa, que ha faltado,
la traes?
Man. Se nos ha perdido.
Alej. Qué dices, muger del diablo!
Y sin que sea vanidad,
no tenia mas.
Man. Qué cuidado!
Págueme usted, y despedirnos.
Anast. Mas valiera, pico malo,
callaras, y lo trajeras
un poco mejor lavado.
Man. No tractlo un mes en el cuerpo;
y ademas de eso, es pingajos.
Alej. Mientes, que es nueva mi ropa.
Man. Espere usted, mientras saco
una camisola suya,
La saca rota.
que en esta talega traigo...
Vea usted si tiene ventanas.
Alej. Esa es ropa de verano,
y para que me entre el fresco
esas claraboyas gasto.
Man. Páguеme usted, y acabóse.
Alej. Mira, como soy cristiano,
que eres la mejor muchacha
de Carabanchel de Abajo.
Man. Mi dinero, ó voy á dar
cuenta al alcalde de barrio.
Alej. Ven á las doce, verás
como al instante te pago.
Man. Harto será que asi sea:
volveré. *Vase.*
Anast. Qué vas citando
á todos para las doce,
sino tienes un ochavo?
Alej. Como se contenten ellos,
tú verás si puedo.
Anast. Entrando
va el Barbero.
Alej. A ese le temo:
voy á ponerme agachado
detrás de ti; y le dirás
que hoy al sitio me he marchado.

Pónese en cuclillas detrás de ella. Sale el Barbero con capa, y espada debajo del brazo.

Barb. Señora, Dios guarde á usted.
Don Alejo, ó Don Canario,
está en casa?
Alej. Qué humor trae! *Ap.*
Anast. No señor, que está en el prado.
Barb. Puede ser que sea verdad;
mas yo no quiero tragarlo.
Alej. Di que lo trague, ó reviente *Ap.*
por fuerza.
Anast. Está usted enfadado?
Barb. Un poco; y con buenas ganas
de rebanarle de un tajo
á su marido de usted
la cabeza.
Alej. Estás borracho? *Ap.*
No ves que de aquese modo
perdias el parroquiano,
pues no es util á un barbero
un hombre descabezado?
Anast. Qué le quiere usted, maestro?
Barb. Que me pague.
Alej. Eso va largo, *Ap.*
que no pago hasta morirme
mi deudas, ni mis pecados.
Barb. Vaya, está en casa ó no está?
Anast. No lo está.
Estornuda.
Alej. Achí.
Barb. Qué ha sonado?
Alej. Di: el perro de mi marido *Ap.*
que aquí cerca ha estornudado.
Anast. No ha sido nada.
Barb. Sí ha sido;
y he de verlo. O señor amo
de casa! qué hace usted así?
Alej. Estoy un poco resfriado,

y al calor de mi parienta
me pongo algo mejorado.
Barb. Usté es un grande embustero.
Alej. Ya lo sé; y estoy prendado
de las honras y favores
que me hace usted.
Barb. Vamos claros:
usted por lo que me debe
diez mil palabras me ha dado,
y ninguna me ha cumplido:
y así, vengo despechado
á que me pague usté ahora,
ó sobre el cuento matarnos.
Desenvaina.
Anast. Qué va usté á hacer, hombre?
Barb. Nada:
con muchísimo del garbo
voy á dejarla á usted viuda
en un instante.
Alej. Eso, paso;
mas vale que quede yo.
Barb. Señora, aparte usté á un lado,
que he de partirle en canal.
Alej. Vaya, señor cirujano,
envaine usted, y á las doce
venga, é irá despachado.
Barb. Y habrá falta?
Alej. No habrá falta.
Barb. Pues de aquese modo, envaino;
mas si falta á la palabra,
como otras veces, cuidado. *Vase.*
Anast. Me alegraré que te corte
la cara, si le das falso.
Alej. Anda, que si me la corta,
quedaré mas descarado.
Sale Marica, de guardapies y mantilla, con cesta en el brazo.
Maric. ¿Es posible, Don Alejo,
que un hombre de ese tamaño
tenga valor de engañar
á una muger de mi estado?
Anast. No habia puerta en que llamar,
y no entrarse de porrazo?
Maric. Está la puerta muy dura,
y tengo los dedos blandos.
Anast. Pues llamar con la cabeza,
y dar el martillo al diablo,
hasta romperse los cascos.
Maric. Pues préstemе usted la suya,
y verá que presto lo hago.
Alej. No vengas provocativa,
Marica; y dí, qué traes?
Maric. Lo que traigo,
que me dé usted los dineros
de las perdices: quedamos
en pagarlo usté el Domingo,
y no ha parecido.
Alej. Si he estado
malo del pescuezo.
Maric. Siento
el que no se haya usté ahogado.
Alej. Y yo que tengas salud
para haberme visitado.
Maric. Cuándo me paga usté?
Anast. Nunca.
Maric. Cómo que nunca! Apostamos
que la hago á usté echar del cuerpo
las perdices á porrazos?
Anast. A mí!
Alej. Ah, Marica! vete,
no alborotes mas; y en dando
las doce, ven, y cobrarás.
Maric. Con esa esperanza marcho. *Vase.*
Anast. Ya está muy cerca la hora
que á todos has señalado,
y espero ver cómo cumples.
Alej. Eso déjalo á mi cargo,
que cumpliré, si Dios quiere,
como siempre he acostumbrado.
Sale un Vinatero con vara de arriero.
Vinat. A Dios, Señor Don Alejo.
Alej. Qué hay, Perico?
Vinat. Aquellos cuartos,
que me dijo usté, han venido,
porque de trampas salgamos?
Alej. No: pero el que me los debe
se ha ido a Indias, y en llegando
dice me los enviará,
y verás como te pago.
Vinat. Toma! Despacio le va.
Señor mio, yo no aguardo
mas: vengan los cien reales,
que hay de vino devengados,
porque me hacen mucha falta,

y ya de venir me canso.
Alej. Cómo está la Mancha?
Vinat Buena.
Alej. Y los panes?
Vinat. Extremados.
Alej. Y las viñas?
Vinat. En la tierra.
Alej. Y tu recua?
Vinat. Con los diablos.
Qué pregunton está usted!
ya me voy yo sofocando,
pues con estas faramallas
me ha tenido usted engañado
cien meses: mejor tramposo
no hay en Madrid.
Anast. Mal hablado,
cómo tratas así á un hombre
que tiene Don?
Alej. Y que ha estado
tercer oficial de un puesto
de lotería.
Vinat. Despacio::
no hay que darme tantas voces,
porque si la vara saco,
no ha de quedar en la casa
nada con polvo.
Alej. Habla bajo.
Vinat. Que no quiero :: dadme pronto
mis cinco duros, ó parto
á dar á un alcalde cuenta.
Alej. No hagas tal, que yo me allano
á que vengas á las doce,
y pagarte.
Vinat. Vamos claros:
será verdad?
Alej. Qué soy yo
algun tramposo? Entre tanto
déjame el vino que llevas,
que de todo irás pagado.
Vinat. Aparta, golilla :: en viendo
que usted me da lo atrasado,
le daré mas: hasta luego;
y si acaso llevo chasco,
os he de sacar del cuerpo
los cinco duros á palos. *Vase.*
Alej. Si me sacas diez, me dejo
dar cuatrocientos varazos.
Anast. Yo con esto me consumo.
Alej. Pues yo me pongo esponjado:
cuéntame, si esto me falta,
en dos dias enterrado.
Sale el Gallego.
Gall. Ya vengu á cubrar, que son
las doce.
Alej. Te has engañado;
no han dado, aunque falta poco.
Gall. Pues de ese modu, me aplanu;
Siéntase.
y hasta tomar mi dineiru,
com u soy Chuan, que non salgu
de esta casa.
Anast. Di, animal,
nos has traido el recado?
Gall. Si me pagan á las doce,
en lu esportillu lu traigu.
Alej. Y á qué hora se ha de cocer?
Gall. Esu nu está de mi cargu:
si hay diñeiru, habrá cumida;
y sino, no hay un bocadu.
Alej. Maldito seas.
Gall. Amen.
Anst. El relox da.
Toca dentro un relox.
Gall. Voy contandu:
una, dos, tres, cuatru, cincu,
seis, siete, ochu, nueve,
diez, once, doce. Ya ha dadu
la hora, venga el diñeiru,
ó cun la cumpra me escapu.

Sale Don Lorenzo, Barbero, Vinatero, Pepa, Manuela y Marica.
Alej. Aguarda....
Los seis. Aquí estamos todos,
pues ya se ha llegado el plazo.
Anast. Ahora verás cómo quedas.
Alej. Con que todos conjurados
venís contra mí?
Todos. Es cierto.
Lorenz. Yo por la deuda del cuarto.
Maric. Yo por la de las perdices.
Barb. Yo la de barbas y emplastos.
Pepa. Yo la de componer medias.
Gall. Yo por la de lu cumpradu.

Man. Y por la de la ropa.
Vinat. Y yo por la del vino blanco
que han bebido, y se me debe.
Alej. Estoy de todo enterado:
y así, ya miran ustedes
que no hay en mi casa trastos
ni dinero; y solo es
lo mejor que en ella guardo
siete alhajas, con que quiero
liberalmente pagaros.
Anast. Qué intentará este avechucho?
Los siete. Hoy cobro.
Barb. Vaya, veamos
las alhajas, presentadlas.
Los seis. Sacadlas.
Alej. Hola, muchachos?
Salen siete hijos.
Hijos. Padre, qué nos manda usted?
Alej. Las siete que estais mirando
son las alhajas que he dicho:
cada cual vaya tomando
la suya, y Cristo con todos;
porque aquí no hay otro amparo.
Gall. Ah! gran perrejra!
Los seis. Ah, tramposo!
Alej. Vamos pocas veces dando:
cada cual cargue con uno,
ó pierde lo que me ha fiado.
Anast. Aquí no hay otro remedio:
con que, amigos, conformaos.
Gall. Yu nun quieru aquesa paga;
pur justicia de cubrarlu,
y hoy te has de quedar, Usiá,
sin camisa por el chascu.
Alej. Acreedores del demontre,
que quereis de mí, si á daros
llego lo mejor que tengo?
Barb. Mira, embustero, no te hago
tajadas por no perderme:
y asi, todos juntos vamos
en casa de un alguacil
á que le embargue los trastos.
Anast. Pues hay muchos.
Alej. Solamente
los nueve que estais mirando;
y aquella guitarra y mesa,
que valdrán catorce ochavos.
Lorenz. A pedir justicia todos.
Los siete. Tú te acordarás del caso.
Vanse.
Anast. Cuando no serás tramposo?
Alej. Cuando me mire enterrado.
Hijos. Padre, y nosotros
qué hacemos?
Alej. Tener paciencia entre tanto
que se busca que comer.
Y aquí se acaba el sainete,
perdonad defectos tantos.

FIN.